

Casablanca/60.

Recuerdos al olor de una época.

1. Lucky

«Feliz». No lo saben aún: Lucky significa feliz. Ese nombre lleva una colonia de moda. Y también, una marca de cigarrillos rubios: «Lucky Strike», golpe de suerte. Pero los chicos de Casablanca no saben lo que estos nombres quieren decir. Lo sabrán de mayores, cuando uno no será nadie si no sabe decir cuatro frases en inglés —y, sin embargo, esta palabra, «Lucky», ya nunca podrán pronunciarla en su correcta fonética inglesa, siempre será «luqui», del mismo modo que «iceberg» será siempre «iceber»; especialmente a partir de aquel día en clase de Ciencias Naturales, con don Carlos:

- ... y entonces se forma un «áisberg»...
- ¿Un... qué? ¿Cómo dice usted?
- Un «áisberg».
- Vamos, Fernández, no me sea usted panoli, hombre. Un iceber, querrá usted decir, ¿no?
- Eso, don Carlos. Un iceber.
- Claro, hombre. De toda la vida.

Por ahora solo saben que el único tabaco asequible a sus bolsillos son los Celtas cortos (todavía están muy lejos los Celtas Cortos musicales, tan lejos como el mundo en el que éstos hicieron su aparición), y que un paquete de Lucky es un lujo reservado a presupuestos extraordinarios: las fiestas mayores del pueblo, Navidad, un cumpleaños. Y lo mismo pasa con el frasco de colonia Lucky, algo que sólo de vez en cuando se ve por el dormitorio: después de Navidad, si los Reyes (los Reyes Magos, los otros están también muy lejos aún) se lo han traído a alguien, o bien si ha sido un regalo de cumpleaños.

El aroma del tabaco rubio Lucky y el de la colonia del mismo nombre forman juntos una combinación perfecta. Pero no es fácil conseguirla: unas veces se tiene solamente el tabaco y otras solamente la colonia; la mayor parte de las veces, solamente las ganas de tenerlos. Bueno, en sueños sí se pueden juntar, mirando un número del «Paris Match», con anuncios de chicas («gachís», dicen ellos, con la juventud de la época) y galanes, dejando reposar los ojos y volar la imaginación. No demasiado, ¿eh?, que luego hay que confesarse.

Por eso, hay tardes en que el dormitorio no huele a «servus», ni tampoco a pies, ni a ovejo. Algunos días, si al hacer las camas después de la misa y antes del desayuno los chicos han abierto todas las ventanas, el dormitorio se ha ventilado bien y no huele a nada. No todos los días pasa eso en invierno; pero hay días en que sí pasa y entonces no hay olores. Y en alguno de esos días pasa que, por la noche, cuando los chicos suben a dormir después de las últimas preces, el dormitorio está perfumado con un

ligero olor a colonia Lucky. Feliz. Felices sueños. ¿Felices? A veces sí y a veces no.

2. El «servus»

- ¿Tienes servus?
- (*¿Y cómo se escribirá eso?: ¿serbus?, ¿servus?, ¿Servus, con mayúscula? Muchos años después, muy lejos de Casablanca -en aquellos años todo estaba tan lejos - volverá a presentármeme y a sorprenderme esta misma palabra — ahora, transparente en su sentido— en la universidad centroeuropea: «Servus, Kollege»: «¡Qué hay, amigo!»*).
- Sí, servus ... para los zapatos... Betún.
- ¿Betún? ¡Ah!... Sí. Toma.
- No; negro, no. ¿Marrón no tienes?
- Marrón. Ahí va (*y el chico pronuncia «áhiva», como un imperativo de un oculto verbo «ahivar» con sentido de «coger» o «atrapar»; documentado está, este uso, en la memoria de conversaciones oídas en ambientes familiares: «ahive, padre, tome eso»; «ahivad, chicos, para que juguéis». ¿Se oirá aún hoy en algún lugar? Difícil, si no imposible; bonito, en todo caso*).
- Jo, tío, gracias; qué bien equipao vienes.
- Mi madre, que se empeñó en ponerme esta cajica con todo esto para limpiarme los zapatos.

Zapatos brillantes —a primera hora de la mañana, en misa— de algunos de los mayores, los de cuarto y quinto. (¿Cómo conseguirán darles ese brillo, si parecen nuevos?). Zapatos brillantes de todo el grupo camino de la ciudad. Zapatos lustrosos del padre espiritual de los mayores, don Ángel, tan lustrosos como su sotana, tanto como su peinado («Un tío mío que lo vio el domingo a la hora de las visitas me ha dicho que eso tiene que ser corte de pelo a navaja; que debe costar diez duros por lo menos, en una barbería de la ciudad»). Lustre y betún de la cabeza a los pies.

Ahora todos los chicos están dándoles lustre a sus zapatos. Van a salir de paseo. Cuatro hileras de camas, en cada hilera veinte camas, y un armario para cada dos. Cada uno sentado en su cama, inclinado sobre sus zapatos, aplicado a darles betún y sacarles lustre. Perfumando todo el dormitorio con olor a betún. Servus en los zapatos. Servus en algunos calcetines. Dedos con restos de servus. Lustre en los pies y en la cabeza.

- Ahí va (*ahora, pronunciado «ay-vá», al estilo de «iandá!», o«ito-má!»*). Si te has dejado un zapato sin lustrar.
- Es que no me ha dado tiempo. Me ha pillado el cura sin peinarme y me ha mandado a los lavabos a toda prisa.

Pero no importa el zapato sin lustrar. No importan esos calcetines con tanto betún como el zapato. No importa que el lustre de algunas cabezas se resienta de un peinado con la raya no del todo recta: todo el grupo está

lustroso. Y el dormitorio entero —Casablanca entero— huele a tarde de paseo.

3. Café

Un hornillo. Así le llaman ellos. No es más que una placa con una resistencia y unas patas que lo sostienen sobre el suelo. Veinte centímetros (un palmo y medio) de diámetro. Suficientes para hacer de estufa para los pies y compensar así las deficiencias del sistema de calefacción de Casablanca.

Pero, sobre todo, les sirve a los chicos para hervir el café y, así, disfrutar de todo lo bueno que viene con un buen café; entre otras cosas, su olor —uno de los pocos olores de aquellos días, que no van cambiar con el paso del tiempo y la modernización del país. Porque lo que les sirven por la mañana en el refectorio ni es café, ni huele a café, ni sabe a café. El aroma de la cocina con el café recién hecho y el panecillo recién tostado: aquí y en estos tiempos no se tiene ni idea de ese tipo de placeres. Para aspirar el olor del café hay que esperar a la tarde, después del primer descanso. Un café hervido; no en la cocina, ni en un bar —que no existe en todo un centro para cerca de quinientos chicos y jóvenes—: un café hervido en la propia habitación y con la ayuda de un hornillo. Y en compañía de un par de amigos.

Están ahora en sexto de bachillerato («sexto de latín», o «primero de filosofía», en el lenguaje de la época). Ya están «en el mayor» y cada uno tiene su habitación. Un auténtico lujo. Ahí dentro, cada uno es rey. No se puede cerrar con llave, pero eso no importa. Siempre se puede poner una falca en el picaporte, por la parte interior, y así impedir una inesperada apertura de la puerta. Encima de ésta está el «chivato». Ese nombre tiene el ventanuco, pero ninguno de los chicos siente amenazada su intimidad por el tal chivato.

El lujo es ese territorio personal, con una mesa, una cama, un armario y un lavabo. Una ventana al patio interior o bien sobre las pistas de deporte. Sol, luz, ventilación. E intimidad; privacidad, como se dice ahora. ¿Qué más puede pedir un chaval de 16 años, en una España rural y atrasada, un país de viviendas sin cuarto de baño, que desconoce mayoritariamente no ya la ducha o el bidet, sino el inodoro siquiera?

¿Qué más puede pedir en una España toda ella un gran hermano orwelliano, que todo lo ve y todo lo sabe, sin espacio posible para la intimidad? Todavía no se ve este chaval en la necesidad (tal vez no siente aún el deseo, ni sospecha en una tal posibilidad) de pedirle el seiscientos a su padre, como hacen otros muchos de su edad o un poco mayores, para ir con su novia a los alrededores de la Romareda o, más seguros, llegarse hasta Valdespartera el sábado por la tarde. Todavía le basta con sentirse adulto, dueño de un espacio.

No es plenamente consciente del lujo del que disfruta. Sí lo es de la responsabilidad que eso representa. Cinco horas enteras por la tarde, en las que cada uno ha de organizarse su tiempo y su estudio. Eso es estar en el Mayor. Eso es haberse hecho mayor.

Y, también, la posibilidad de compartir experiencias con los amigos. De estudiar juntos (hacen mucho «trabajo en equipo», de forma casi espontánea, y aunque todavía no lo llaman así). De merendar en la habitación. También, de cometer pequeñas transgresiones: jugar a las cartas, oír un partido de fútbol, o música en la radio...

Y de tomar café: agua del lavabo, una cafeterica italiana, dos o tres amigos, cada uno con su vaso. Y un hornillo.

Disfrutar de un placer no prohibido. Estrechando lazos, construyendo valores para el futuro, compartiendo esperanzas e ilusiones; también, berrinches y disgustos.

Y todo, al olor de un café a media tarde.

4. Madera de cedro

Lo lee en el lápiz,—está grabado en su lomo impoluto, en letras que parecen de pan de oro— mientras le va sacando punta: «Madera de cedro».

- ¡Jibo, tú! ¿Has visto que, ahora, de los cerdos sacan lapiceros?
- Pero qué dices. ¿De dónde te has sacado eso?
- Mira, aquí lo pone: «Ma-de-ra de cer-do».
- Mira que eres bruto. Pone de cedro. ¡De ce-dro! ¿Pero es que no sabes leer o qué? Te has de fijar más en lo que pone.
- Ya me parecía a mí...

En Casablanca no hay cedros; ni en las márgenes del canal. Para los chicos, cedro es solo una palabra, de esas que durante mucho tiempo permanecen en la mente sin ningún anclaje en el mundo externo, solo en un texto: una novela, un poema, una noticia. Ellos han visto higueras y melocotoneros, pinos y carrascas; árboles que reconocerían inmediatamente con los ojos cerrados, solo con olerlos. Otros árboles de otras tierras, cuyos aromas ni siquiera serán capaces de imaginarse, los habrán visto el cine o en el NODO: un abeto, una palmera, una sequoia. Pero nunca han visto un cedro (y, si por casualidad lo han visto —en el cine, en una lámina— lo más probable es que no se hayan enterado). Solo lo han leído en la Biblia: «los cedros del Líbano»; y en el lomo de un lápiz que acaban de comprar y al que le están sacando punta. (¿Será que hay una industria de lápices para consumo eclesiástico, y que se surte de materia prima de rango bíblico?).

A medida que el lápiz va girando en el sacapuntas, el olor del cedro se hace más fuerte; un olor que desprenden esas finas volutas de madera que salen del sacapuntas, como pequeños abanicos arrugados, con una cenefa de color en su parte más externa y otra más débil en la interna, huella del polvillo de la mina del lápiz; volutas aromáticas y frágiles, inaprensibles, como las alas de una mariposa, que se deshacen en cuanto uno quiere agarrarlas con los dedos. Del cedro les queda a los chicos solo el nombre y el aroma; y unos lápices para recordárselos. ¿Cómo serán las ramas y las hojas de los cedros?

5. Perfumes de mujer

El domingo, a última hora de la mañana, justo antes de comer, Casablanca se transforma. Durante un par de horas, el edificio y sus patios dejan de ser un mundo exclusivamente masculino y juvenil para llenarse de una población más normal, por heterogénea: son las familias que suben a ver al chico que está interno. Unas llegan a pie, otras en el autobús de La Bozada, otras bajan en la parada del tranvía cerca de La Romareda y luego andan un tramo a campo través; pocas, las más acomodadas, suben en coche; algunas, en moto; hasta motocarros se ven, en funciones dominicales de vehículo familiar.

Los grandes pasillos, los patios interiores, los campos de baloncesto y balonmano se ven, se oyen y se sienten de manera muy diferente que durante el resto de la semana. Y el aire se puebla de aromas nuevos, insólitos y cautivadores, de los perfumes y la colonia de las mujeres que han llegado. Una presencia femenina extraña al centro en su vida cotidiana, pero percibida hoy —aún, o al menos por la mayor parte de los chicos— como algo completamente natural.

Las visitas del domingo son un privilegio reservado a los chicos cuya familia vive en la ciudad. Los que vienen de un pueblo no pueden participar de esta fiesta semanal —el país no está aún tan motorizado ni tiene unos transportes públicos que lo permitan. Por eso, muchos de ellos no reciben ninguna visita en todo el año; hay quien ve alguna vez a un pariente, o un amigo del pueblo, que se ha tenido que desplazar a la capital —una operación en la clínica, una gestión oficial o comercial— y sube hasta Casablanca a ver al chico y llevarle unas pastas y unos chorizos. Pero lo habitual es permanecer alejado de la familia entre septiembre y Navidad, entre Navidad y Semana Santa, entre Semana Santa y junio. Los hay que vienen de ciudades lejanas, en el Norte, y que incluso en Navidad se quedan en Casablanca.

En la mañana de los domingos Casablanca es un bullicio luminoso y colorido. La sala de visitas se ha quedado pequeña y los pasillos y los patios, los jardines y el gran vestíbulo rebosan de grupos de familiares alrededor de uno o dos de los chicos internos. Éstos han colgado en el armario su guardapolvo de diario y se han puesto la ropa de mudar. Con camisa limpia y corbata; y con los zapatos bien lustrosos. Algunos, que ya empiezan a afeitarse el bigote, se han repeinado con el flequillo bien ondulado, a la moda; hace ya meses que dejaron de cortarse el pelo al cero. La mañana pasa rápida, pero la semana también, y el domingo vuelve pronto. Son siete días de esperar la charla con la familia, y el pastel o el bocadillo que siempre trae.

Esos que hemos visto afeitados y repeinados han convertido el domingo en un día diferente al de otros años, cuando, a la vista de las visitas de sus amigos, les invadía el sentimiento de nostalgia del pueblo, de melancolía, de tristeza o abiertamente de envidia. Ahora es diferente. Ahora también ellos viven a la espera del domingo y de lo que este les trae: la proximidad del mundo femenino. Hermanas y madres de sus compañeros, vestidas y arregladas de día de fiesta. El domingo, estos chicos se mueven discretamente por entre estas visitas de zapatos de tacón y medias, de faldas y blusas, en las que disimuladamente fijan su mirada (si es verano,

blusas de manga corta, escotes en el pecho, sandalias y pies desnudos, de uñas pintadas...); el domingo, estos chicos se dejan cautivar por el rojo de uñas y de labios, por los reflejos de trenzas, melenas y flequillos; por el encanto de unos ojos de mujer, por la atracción de unos cuerpos y unos rostros de mujer que de repente se han hecho presentes en su mundo como una maravilla inesperada. Miran distraídamente; descubren, poco a poco, la fascinación por la feminidad en la figura de una hermana o una prima de un compañero, de alguna mamá esplendorosa y elegantona, esmeradamente endomingada para subir a visitar al chico.

Y se dejan hechizar por esas figuras, por su aspecto, sus movimientos, sus gestos; y por su perfume. Todavía de forma algo rudimentaria se asoman, medio inconsciente y medio ingenuamente, al erotismo. Secretamente desconcertados y encandilados.

Por eso, a medida que sube la edad de los chicos y avanza el curso, puede observarse en ellos un atuendo cada vez más esmerado: cada vez más bigotes afeitados sin necesidad y cada vez más masaje after-shave (si no lo hay a mano, a lo mejor una colonia Lucky sirve, aunque pique tanto); la raya de los pantalones largos, bien planchada y marcada; el corte de pelo y el flequillo, más cuidados.

Parecidos cambios en el cuidado de la propia imagen no escaparían, probablemente, a una atenta mirada sobre el aspecto de alguno de los curas que cuidan de los chicos.

6. Antisépticos

Casablanca está partida en dos por un pequeño pabellón, bifurcado en forma de Y. A derecha e izquierda, las dos grandes alas del edificio, con las dependencias del Menor y del Mayor. El pabellón aparece —a los ojos de quien llega por la carretera— protegido por ellas y separado de ellas a un mismo tiempo. Alberga la enfermería del centro, que presta sus servicios a las dos secciones. De hecho, es la única zona común. En realidad, hay otras: el salón de actos, la capilla central, la piscina... Pero éstas nunca se usan conjuntamente por los inquilinos de ambas partes.

La enfermería marca una frontera entre el Mayor y el Menor, pero una frontera que, más que separar, los une: al entrar en ella, las rígidas barreras que se han levantado entre ellos se difuminan. Los antisépticos que actúan en esta zona común han extendido su acción defensiva más allá del espacio material, creando en el seno de la Y un mundo acogedor y protector. Es un lugar en el que quedan suspendidas las reglas que gobiernan la vida del centro: los horarios, las rutinas, las normas, las prohibiciones ...

El mismo acceso a sus dependencias se produce por rutas propias, rutas absolutamente normales pero habitualmente no transitadas, que han adquirido así, sin razón aparente, un carácter semioculto, semisecreto, casi clandestino. Los puntos de partida de esas rutas son una puerta trasera de la sacristía, o bien una escalera lateral que sale del pasillo que da a las cocinas. Adentrarse por esos pasadizos silenciosos, impregnados de los olores intensos de la capilla y de la cocina, habituales acompañantes de otros momentos (el olor al cocido de las judías, o bien al incienso, tan

intenso y casi embriagador, o por el contrario, el de la cera, dulzón y antipático, y si es de cirio apagado casi hasta repelente...) es una forma de despedida que el mundo cotidiano dedica al que va a retirarse a la enfermería. Con un viaje así, ¿quién va a decidirse por la ruta abierta, al aire libre, por esa terraza amplia y majestuosa, a cielo abierto, que une las dos alas del edificio y en cuyo punto medio se abre una puerta a modo de escotilla que conduce a la enfermería? No, esa ruta, magnífica, gloriosa, en lo alto, como una cordillera desde la que se divisan a derecha e izquierda valles con patios y estanques, esa ruta es para otras ocasiones. Cuando uno tiene la necesidad (física o espiritual, más frecuentemente la segunda que la primera) de recluirse en la acogedora enfermería, el placer de ese retiro empezará por recorrer el camino apropiado, que no es un camino a la aventura sino —muchas veces— una huida en busca de cobijo.

Y a fe que se encuentra, tal cobijo. El sentido del olfato, en cuanto se ha subido el último peldaño de la escalera y se cruza el umbral de acceso a la enfermería, percibe la primera señal de bienvenida. Abajo han quedado las judías, las velas y el incienso; ahora aspira uno un olor nuevo, limpio y relajante, que impregna las dependencias en las que acaba de entrar. Ahí se está —en expresión que en esa época se ha puesto de moda y que resulta sugerente, eufónica e internacional a un mismo tiempo— en una nueva dimensión. Allí reinan la seguridad total y la autonomía personal perfecta. Es verdad que tendrá uno que verse importunado por la hermana enfermera (por otra parte, tan atenta y maternal, tan amable y obsequiosa) que irá a ponerle una inyección o a darle un jarabe; eso son pecata minuta, molestias menores que un valiente desprecia en aras de la verdadera paz y libertad de las que va a gozar.

Una paz y una libertad hechas de horas muertas de sueño, de ensueños o de lecturas, según le plazca. En medio del silencio y la quietud, en el confort de la cama y de una habitación individual, los ruidos de la vida externa le llegarán amortiguados y lejanos, mientras él juega a imaginarse a sus compañeros pasando apuros en clase de latín o en el despacho del superior, y sentirá solidaridad y compasión por ellos, desde un placentero duermevela, al calor de las sábanas.

A media tarde acudirán algunos amigos a hacerle una visita, le contarán lo que ha pasado en clase y todos se reirán o se indignarán juntos, según sea la levedad o la gravedad de lo acontecido. Será una visita grata y breve, no en vano la hermana enfermera les ha dejado entrar con serias advertencias de que allí tiene que haber tranquilidad y silencio, y Gracián tendrá una vez más razón con lo de la doble bondad de lo bueno breve.

Por la noche, alguno de los superiores se acercará a ver a los chicos enfermos. Será un superior desconocido, o reconocido de otras ocasiones en anteriores estancias en la enfermería. No sabe por dónde habrá venido él, si por las escaleras de la sacristía o por la terraza, o por algún otro conducto desconocido, reservado a la autoridad. Cualquiera que haya sido la vía de acceso, él no ha escapado a la acción de los protectores antisépticos, viene desprovisto de sus atributos de superior y parece un pariente del pueblo, un amigo de la familia, que se interesa por el chico.

Incluso puede uno pedir la comunión, si lo desea; pero también puede no pedirla, y seguir durmiendo tan lindamente. Nadie le hará ninguna observación, nadie dirá nada, ni de palabra, ni de mirada, ni de gesto.

Inmunidad no solo a los microbios, sino también a las reglas del mundo diario.

El mundo habitual suena en ecos que llegan lejanos. Esta paz bien vale una gripe.

7. Batas y detergente

Esta muchacha no forma parte del mundo de Casablanca. Ahí vive, ahí trabaja, pero no participa de la vida que ahí se vive. Al igual que sus compañeras, está ahí únicamente para hacer su trabajo, en el escalón más bajo de las labores domésticas. Esas labores de las que se exige a los chicos, esas que solamente como castigo se les imponen de vez en cuando; más bien, con las que se les amenaza con castigarles.

En la formación de los chicos se incluyen unos ciertos hábitos de aseo e higiene, personal y de la ropa: hacer la cama diariamente, cambiar las sábanas y las toallas semanalmente, tener en orden el armario... pero al detergente y el estropajo no se llega. Para eso están esta muchacha y sus compañeras. Al servicio de Dios y de sus futuros ministros.

Por eso, esta muchacha —y sus compañeras— están al margen. Ella, a lo suyo, que es el detergente. Y el pasar desapercibida. Hacerse invisible. No ser ni remotamente ocasión de pecado, tentación femenina. Por eso, el olor a limpio que su trabajo diario deja en las baldosas, en los urinarios, en los inodoros, es algo que los chicos —todo el mundo— dan por sentado.

¿A quién se debe esa limpieza, esa higiene? ¿Lo sabe, alguno de los quinientos chicos del centro? ¿Ha reparado, alguna vez, alguno de ellos en esta muchacha, o en ninguna de sus compañeras? ¿En esas mujeres, personas que viven y trabajan a su lado y para ellos?

¿Tienen nombre, estas chicas? ¿A alguien le preocupa su vida, sus problemas? ¿Saber qué la movió —o qué la obligó— a venir aquí, qué tipo de vida lleva aquí dentro; qué hace cuando termina su jornada laboral?, ¿cómo se siente íntimamente, objetivamente marginada como está, segregada?, ¿qué puede ser vivir así, rodeada de tantos jóvenes, intocables ellos?

¿Sabe alguien que ayer se cruzó en el pasillo con un grupo de chicos, y que le pareció que uno ellos detenía su mirada en ella?, ¿que por eso, de pronto se sintió alguien en este mundo y por la noche se durmió ilusionada? Pero, ojo; nadie puede saberlo, podría costarle muy caro. Aun así, mañana se arreglará un poquito más, el peinado más esmerado, aquellos pendientes más vistosos... pero no demasiado, es peligroso; esos cuidados llamarían la atención de la hermana que las controla más fácilmente que la de ninguno de los chicos.

Muchacha recluida, apartada, invisible en tu bata de trabajo; mujeres humilladas —más aún que vuestras coetáneas—, tú y tus compañeras: ¿qué fue de vosotras?

8. Escribanía

El aroma a cedro que despide el lápiz no es olor a bosque, ni a Biblia; es —más bien— olor a escuela. Esos olores del mes de septiembre, de la vuelta al cole, que Muñoz Molina describe tan bien en uno de sus artículos: el olor de la goma de borrar; el olor de los cuadernos recién abiertos; el de la goma arábica o el pegamento imedio; el de la tinta (aún, por esas fechas, envasada en tinteros escolares: unos, transportables, como minúsculos frascos —Pelikan (los pelícanos habitan las mismas páginas bíblicas que los cedros, y se mueven también por los mismos espacios escolares; ¿alguno de los chicos habrá visto un pelícano en sus tres dimensiones, con sus plumas y en movimiento?); otros, como un complemento del pupitre, para mojar la pluma de manguito y plumín; pero tinteros como éstos ya no los hay en la Casablanca de los 60, los chicos solo los recuerdan de la escuela de su pueblo; el olor del papel de carta, los domingos, en el «estudio libre», escribiendo la carta a la familia (¿a lápiz, con pluma, con boli?; los rotuladores aún no han llegado; éstos sí que tenían un fuerte olor, cuando llegaron al principio para hacer lo que su nombre les manda: rotular, con un fieltro grueso en su punta, cuadrado, empapado en tinta); y el olor de los libros recién editados, olor a papel y a tinta.

Todos esos olores —y algunos más— están encerrados en un armario, que diariamente se abre de 11 a 11,30 y que funciona como tienda o economato, donde los chicos se surten del material escolar que necesitan.

Pero al tendero de este armario no le pasa como al tendero del pueblo, que acaba oliendo a su tienda: al olor de las especias, o al de las golosinas; o, aún más fuerte, el olor del carnicero y el del pescadero. No, este tendero —uno de los chicos, elegido por los superiores para que administre el armario y sus aromas— lleva encima otros muchos aromas, que flotan en los pasillos, en las aulas, en las salas y en las alas del enorme edificio de Casablanca. Que se posan en su guardapolvo y luego se instalan calladamente en su memoria. Allí se quedarán escondidos, durante años y años, saltando de vez en cuando aquí y allá, disparando recuerdos del mundo de Casablanca.

9. Gasolina y alquitrán

Por esos años, en todo el país es más frecuente ir por la calle y oler a boñigos de mula que a tubo de escape de un coche; a estiércol de cerdo o de vaca, que a goma quemada en un frenazo; a carbonilla del túnel (como en el tren que viene de Tortosa a La Puebla de Híjar), que a tapicería nueva de los asientos de un autobús o un vagón de tren, o al material sintético de sus paredes.

Sin embargo, los inquilinos de Casablanca pueden contemplar, al atardecer, unas imágenes más propias de una película americana que del país en el que viven. Entre los campos donde juegan al fútbol y la fábrica de Coca Cola discurre la carretera de Los Enlaces, que se prolonga hasta los chalets de los americanos. Son éstas unas verdaderas viviendas futuristas, que la mayor parte de los chicos ha tenido ocasión de contemplar a cierta distancia en alguna excursión dominical al campo, y cuyo itinerario les ha hecho vadear esa zona residencial. El resto de sus paisanos solo habrá

podido ver ese tipo de chalets en el cine cutre español, en películas del estilo de «Las que tienen que servir».

Procedentes de esos chalets, y de camino a alguna sala de fiestas de la ciudad, pasan a veces unas haigas americanas, coches de forma y dimensiones deslumbrantes, que se deslizan poderosamente sobre el asfalto por entre Casablanca y la Coca Cola, despertando la curiosidad —que no la admiración— de los chicos. La velocidad del coche y una cierta distancia hasta el lugar de observación les evitan interesarse por los pasajeros de las haigas, por quienes la mayor parte de los chicos no siente el menor interés. Tal vez sea algún musculoso jugador de béisbol, acompañado de una rubia inalcanzable, de esas que solo se hacen visibles en el cine, o alguna negra con voz de cantante de jazz. No están los chicos por la labor de indagarlo. Lo que les deslumbra es la imagen absolutamente anacrónica, por futurista, de un haiga cruzando veloz la fachada de una fábrica de Coca Cola. Veloces y silenciosos, esos coches parece que no tengan motor, son «de los que no hacen ruido», solo el roce de los neumáticos sobre el suelo, un sonido sordo muy de elegante anuncio de la televisión en años futuros. Si acaso, los motores se oirán en el cielo, con el vuelo rasante de uno de esos aviones que parece que vayan a estallar a doscientos metros por encima de las cabezas de los chicos.

— Estas cosas no se veían en el pueblo, ¿eh, picholo?

Es así como los veteranos llaman a los recién llegados, los de primero de latín. Picholos. «Probablemente, del italiano *pipiolo*», les explicó el rector una tarde, para que no se sintieran ofendidos. Quién sabe si para evitar que su ignorancia lingüística les condujera a encontrarle falsas etimologías a la palabra.

Pues no, esas cosas no se ven en el pueblo. Ni tampoco en la mayor parte de las ciudades. Hay que estar en Zaragoza para disfrutar del lamentable privilegio de tener una base de guerra con soldados americanos y sus familias. Un privilegio al que dan adecuada respuesta los pocos graffiti que estos chicos pueden ver, cuando bajan a la ciudad y pasan junto a algunas tapias en las que salta a la vista un «Yankees go home», que a saber quién habrá escrito, pero nadie se ha molestado en borrar. Una extraña tolerancia a la protesta, que en cualquier otro ámbito es radicalmente abortada por la policía franquista. Entre la ciudadanía de la época se produce una rara mezcla de admiración por la tecnología americana con un sentimiento de superioridad, que refleja a la perfección el chiste que sin ningún rubor un profesor les cuenta un día a los chicos:

— ¿ En qué se distingue una vaca rumiando su comida de un yankee mascando chicle?

— En la inteligente mirada de la vaca.

Y que hace que los chicos se rían a gusto de la agudeza del profesor de Ciencias Naturales, al tiempo que sienten orgullo y envidia por uno de los superiores a los que los soldados católicos de la base llamaron para que les oficiara una misa, y luego le dieron un paseo en cazabombardero por el cielo de la ciudad. O que repitan con fruición los chismes que se cuentan,

sobre la paliza que unos valientes mozos de Zuera (o de Quinto de Ebro, las fuentes no se ponen de acuerdo) les dieron a unos soldados de la base, en una pelea que se produjo en una sala de fiestas de la ciudad. Probablemente Alfredo Landa y Manolo Gómez Bur («Buenas noches "*in general*"», decía uno de ellos en la película) también habían oído hablar de peleas semejantes con soldados de Torrejón de Ardoz, cuando se liaron a bofetadas con ellos para evitar que Cochita Velasco y Gracita Morales se fueran a servir a los yankees y no a ellos.